

## La tormenta necesaria

Débil y desorganizada. Así estaba Bertha el pasado domingo. Incluso estaba a punto de perder su estatus de tormenta y sufrir un “demotion” hacia depresión tropical. Su visita a Puerto Rico el pasado sábado 2 de agosto no será recordada como un evento catastrófico ni nada por el estilo. Más bien Bertha será recordada por ser la tormenta que nos salvó de la sequía. Con vientos sostenidos máximos de 50 millas por hora y con lluvias que suplieron de 3 a 11 pulgadas de agua, esta fue la tormenta necesaria y quizás hasta la tormenta “perfecta”.

Bertha no dejó muertes, ni accidentes, ni destrucción. Su combinación perfecta y balanceada de lluvia y viento no movió mucho las olas ni hizo mucho ruido. Como los Reyes Magos, llegó de noche “con gran cautela” sin sentirse mucho, al menos para los que dormimos con aire acondicionado. Ese sábado me levanté temprano y vi a San Juan transformado. Parecían las 7 de la noche. El aire estaba puro. Olía a ozono. Las calles estaban vacías. La humedad me trajo un frío muy deseable, especialmente en este agosto tropical. ¡Qué maravilla! Mientras dormíamos, ese manto amoroso de Dios cubrió nuestra Isla y nos trajo un sábado de ocio, de recogimiento, y sin calor.

Puerto Rico, comenzando una sequía y en vísperas del racionamiento de agua, vio su salvación en algo que se supone que sea negativo y trágico, un temporal. Esta ironía trae consigo sus lecciones.

Me ha pasado. Y sé que a muchos otros también. A veces el clima de nuestra vida, las rutinas, los problemas económicos y las situaciones conflictivas, nos van drenando, nos van secando. Caemos en una sequía emocional, sin darnos cuenta. La música no nos mueve. Ni siquiera la tocamos en el CD player, el radio o el i-pod. Perdemos la gracia de cocinar con buena sazón y con inspiración. Tenemos unas gríngolas existenciales que nos impiden ver la belleza de los flamboyanes, los colores juguetones del atardecer, las mariposas y las abejas bailando con las flores; ni escuchamos a los pitirres cortejando a sus hembras; ni sentimos el olor de

los jazmines en flor. Como diría Titi Monona, no nos huelen ni las azucenas. Y créanme, las azucenas despiden olor hasta más no poder.

Entonces, viene la tormenta. Puede ser la enfermedad o muerte de un ser querido. Puede ser un accidente, un percance, o algo tan sencillo como una goma ponchada. Si bien traen con sí angustia, también son oportunidades que nos da Dios para compartir con los seres queridos y hasta con nuestros vecinos que no conocemos. Valoramos lo que tenemos cuando perdemos algo. Y en esos momentos difíciles, el calor humano nos mueve. Comprendemos que nos necesitamos mutuamente. Sentimos el increíble placer de dar. Ese evento atmosférico en nuestras vidas es el catalítico para lanzarnos hacia una nueva dirección. Con más fuerzas, con optimismo y con esperanza. Porque a veces necesitamos una tormenta para combatir nuestra sequía.

**MUNDILLO INTERACTIVO:** Pueden escribirnos al Box 192889, San Juan, PR. 00919-2889, o a [gina@mimundillopr.com](mailto:gina@mimundillopr.com). Para más información de la autora, acervo de artículos y ordenar su libro, pueden entrar en [www.mimundillopr.com](http://www.mimundillopr.com).